

A la sombra de los álamos
(título provisional)

Original de Pau Navarro (GGFM)

®SABAM A / T / 7637

CONTACTO
645 91 34 72
eip11189@telefonica.net

Proyecto de telefilm

Género: melodrama

Formato: 90'

Público objetivo: todos los públicos

Hoja de presentación

La historia que presentamos a continuación parte de la inquietud surgida en torno a la recuperación de la memoria histórica en lo referente a los hechos ocurridos durante la Guerra Civil española.

Los excesos cometidos por ambos bandos dieron lugar a asesinatos, expolios y situaciones injustas que los inculpados se han esforzado en hacer olvidar.

La situación es ficticia, así como los personajes, pero no lo es el espíritu que nos ha animado a enfrentar un tema delicado sin caer en la lágrima fácil ni en la toma de posturas.

Esta narración no quiere abrir viejas heridas ni envenenar la convivencia, solo pretende explorar los motivos que nos llevan a ir más allá de lo que nos está permitido con el solo motivo de poner la verdad donde le corresponde.

Todos tenemos una historia familiar, algunas veces apenas susurrada, que nos cuenta la indefensión y el miedo que llevaron a toda una generación al silencio más doloroso.

Queremos contribuir a homenajear a todos aquellos que murieron sabiendo por qué los mataban y a los que nunca lo supieron.

Y a recordar a aquellos que mataban sin saber a quién ni porqué.

PERSONAJES

JORDÁN

43 años, casado y con dos hijos.

Desea encontrar la fosa común y enterrar a su abuelo dignamente y recuperar así la memoria histórica, aunque en el fondo necesita sentirse bien consigo mismo.

Educado y discreto. No se deja avasallar por las dificultades. Prudente y poco dado a excesos.

Aficionado a las actividades al aire libre sin ser un practicante consumado.

De carácter firme y osado, guarda la suficiente prudencia para evitar los líos. Sin embargo soporta mal las provocaciones.

Su aspecto de dominguero inofensivo oculta un hombre tenaz, dispuesto a llegar al final de un asunto si cree que vale la pena.

NEREA

28 años, soltera.

ayudar a Jordán a encontrar los restos de su abuelo.

Terca y apasionada. No se detiene ante nada cuando cree tener razón. No acepta un NO como respuesta. Siempre tiene una palabra amable con todo el mundo y una observación descarnada e irónica para quien lo merece. Nunca se calla nada y siempre ha de tener la última palabra.

Le gusta la ropa antigua y cómoda, las faldas largas y blusas holgadas, calza siempre sandalias, botas o deportivas. Se recoge el pelo en colas de caballo o moños domésticos. Nunca se maquilla ni va a la “pelu”.

Se gana la vida manipulando las hierbas que recoge del monte para convertirlas en destilados, esencias y otros productos que vende a los turistas.

Es una mujer despierta e inteligente que vive de espaldas al pueblo y las convenciones.

ABEL

64 años, empresario.

Cacique del pueblo, regenta un complejo turístico que da vida económica al lugar.

Rencoroso y opaco, no deja ningún agravio sin respuesta.

Vigoroso a pesar de la edad, detesta que le discutan una orden.

ABEL, EL VIEJO

87 años, jubilado.

Padre de Abel, es uno de los pocos supervivientes que conocieron la Guerra Civil Española. Muy temido en su momento.

Fue de los que ganó la guerra y se cuenta entre los verdugos que, en su momento, se enriquecieron expoliando a los vencidos.

Apenas sale de casa.

ANTONIO

25 años, empleado de hostelería.

Inadaptado y violento. Busca una referencia en Abel al que quisiera imitar. Le gusta guiar turistas por las montañas para exhibir su fuerza física.

Poco inteligente y fácil de manipular.

LA MUJER ENLUTADA

70 años, jubilada.

Vivió de niña las atrocidades de la guerra y guarda memoria de lo poco que vio y de lo mucho que le contaron.

Es una mujer que ha sufrido demasiado y pide justicia al cielo cada día que pasa.

Puede perdonar pero le resulta imposible olvidar.

EL VIEJO CAZADOR.

86 años, jubilado.

Conoce las montañas palmo a palmo, vive solo y únicamente se acerca al pueblo a comprar provisiones y tomarse unos vasos con los conocidos.

Huraño e introvertido.

Detesta la doble moral y el juego sucio.

1938, en algún lugar de los Pirineos, un grupo de gente es fusilada y enterrada a la sombra de unos álamos en una fosa común. Entre los participantes establece un pacto de silencio.

65 años después, Jordán, un hombre dinámico, decidido y vivaz atiende a todos los presentes en una fiesta. Se trata de una doble celebración: el cumpleaños de la abuela y la jubilación del padre de Jordán.

Como en cada celebración, se guarda un recuerdo para el abuelo ausente desde la guerra civil, un ritual familiar que nunca se omite.

La abuela abre las cartas con las felicitaciones, otra ceremonia doméstica, la favorita de la abuela, en la que recibe noticias de todos los familiares.

Sin embargo, mezclada con las otras, una de las cartas le reserva una sorpresa.

Se trata de una circular emitida por una ONG, dedicada a recuperar la memoria Histórica, respondiendo a una solicitud de la que ya no se acordaba nadie.

Conocen el posible paradero de los restos del abuelo desaparecido; es la respuesta a todas las oraciones de la abuela.

El padre de Jordán se muestra dispuesto a recuperar los restos de su padre y sepultarlos con todos los honores que se le negaron.

La emoción es demasiado fuerte. Le provoca un amago de infarto que pone sobre los hombros de Jordán esa responsabilidad.

Jordán se niega al principio, pero la voz de la sangre le roe por dentro. Además, cada vez se descubren más detalles de lo que fue, y todavía es, una injusticia. Y ahora él tiene la posibilidad de restablecer, al menos en lo que a su familia se refiere, las cosas en su sitio.

La esposa de Jordán acepta y apoya la decisión. Trabajan juntos en un comercio fotográfico. Ella se hará cargo de todo en ausencia de su esposo.

Jordán promete a su padre y la abuela encontrar la fosa, identificar y traer consigo los despojos del abuelo.

Contacta con la ONG que le pone al corriente de la situación. Ellos no tienen medios para costear las excavaciones, pero si facilitar los análisis de ADN y los trámites necesarios. También le advierten que se puede encontrar con la animadversión de alguna gente.

Jordán prepara el viaje junto a su esposa que lo acompaña a comprar todo lo que creen necesario para pasar unos días en el pueblo de montaña donde se ubican las fosas anónimas.

Se trata de un lugar turístico, con un hotel en el que reservan una habitación para él.

Finalmente, Jordán viaja al pueblo donde es recibido como un turista fuera de temporada.

Sin embargo al exponer el motivo real de su estancia, la amabilidad inicial se transforma en desconfianza.

Un joven empleado del hotel, Antonio, se ofrece como guía y mostrarle las maravillas del lugar.

Jordán cree que puede fiarse de él, un tipo joven al que debe preocuparle mucho lo ocurrido hace más de medio siglo.

Por eso no duda un solo instante en pedirle que le presente supervivientes de aquella época a quien preguntar el paradero de los enterramientos.

Antonio evita contrariarle dándole largas y paseándole por los alrededores. Parece imposible localizar una sepultura en medio de tan vastos paisajes.

Al terminar la jornada, Antonio deja a Jordán en el hotel y corre a informar a Abel, dueño del hotel y el hombre más adinerado del lugar.

Le informa de lo que ha venido a buscar “el primer turista”. A Antonio le parece divertido, pero a Abel no le hace ni pizca de gracia, aunque ya se temía algo parecido. Su padre, el viejo Abel, ya se lo había advertido. La gente ve demasiado la televisión.

Jordán no se desanima. Al día siguiente, por la mañana temprano, inicia la encuesta por su cuenta. Se presenta en el bar buscando a los viejos de la vecindad para preguntarles.

A esa hora solo encuentra a Nerea, una agradable joven que se gana la vida vendiendo productos naturales que ella misma fabrica.

Resulta ser la hermana de Antonio y no saber mucho del tema que interesa a Jordán. Si tiene un poco de paciencia, un viejo cazador viene siempre a esta hora a tomar su “barretxa”.

El cazador en cuestión resulta ser un individuo áspero y poco dado a conversar que decide romper un silencio de más de medio siglo. Él nunca se ha movido del pueblo. Aquí nunca pasa nada, por no pasar, no pasó ni la guerra.

Las fosas no existen. Quizás en las tierras bajas. De estar en estos andurriales, el viejo cazador lo sabría.

Jordán se desanima. La seguridad del viejo le conmueve. Quizás los de la ONG estén equivocados, al fin y al cabo ha pasado mucho tiempo. Sin embargo, tampoco se puede rendir así como así. Y si no están aquí... ¿Dónde?

Duda que pueda encontrar los restos de su abuelo.

Jordán se dispone a regresar aunque no se atreve a irse sin antes interrogar a todos los supervivientes posibles y poder justificarse ante su padre y la abuela

Un encuentro con Nerea le ayuda a desahogarse. Jordán se sincera y logra convencerla de lo importante que es para él recuperar los restos de su abuelo. Ella, por su parte, ha oído historias que nunca se ha tomado muy en serio.

Lo más seguro es que los muertos que busca estén en Francia, donde debieron huir e iniciar una nueva vida.

Jordán disiente y están apunto de iniciar una discusión que Nerea evita hábilmente. Aún así le proporciona una relación de ancianos que puedan dar testimonio.

Abel se entera por Antonio que el viajero ha decidido quedarse. El disgusto inicial se convierte en enojo. Lo quiere fuera del pueblo lo antes posible.

Antonio, en su afán de servir a Abel, le pide carta blanca para echar a Jordán del pueblo. Abel no cree que sea para tanto; ya se cansará.

Jordán inicia las visitas. Abel el viejo encabeza la lista. El anciano, al saber de qué se trata, se niega a recibirle.

Abel, el hijo, se entrevista con Jordán. Le reprende la falta de delicadeza ante un hombre tan mayor como su padre. Insiste en que las fosas no existen y que las únicas sepulturas que tuvieron lugar en esas fechas corresponden a la barbarie roja. Su tío, sin ir más lejos, fue asesinado sin contemplaciones por un grupo de gentuza descontrolada.

Jordán no se ve con ánimo de responder a los argumentos de Abel.

Antonio ofrece ayuda a Jordán para localizar a todos los candidatos a testigo.

A falta de otra cosa, Jordán decide confiar de nuevo en el guía que le conduce hasta uno de los supervivientes.

Es en vano. El encuestado niega la existencia de las fosas e insiste en la tesis de la huida a Francia.

Jordán nota que el hombre tiene miedo y que su declaración estaba preparada de antemano. Descubre que Antonio y Abel están conchabados y rechaza la ayuda de Antonio que, muy ofendido, lo abandona en plena pista forestal.

Allí se encuentra con una mujer enlutada que lo lleva hasta el hotel.

La mujer, hosca y desconfiada, le deja claro que quien manda en estas tierras es Abel y que no sacará nada en claro. Sin embargo Jordán puede darse cuenta que esa mujer quiere hablar.

Le filtra que Abel el viejo lo sabe todo, que estuvo allí, en las fosas, que fue la mano ejecutora.

Abel, el viejo, tiene un mal presentimiento y las pesadillas no le dejan dormir. Una pesadilla le obliga a revivir el día del fusilamiento bajo aquellos álamos.

Le pide a Abel hijo que todo siga igual, pues si se descubre el pasado quizás pueda tener problemas para conservar todo lo que tiene.

Esa noche, en el hotel, Jordán coteja sus datos con el testimonio de la mujer enlutada. Está en el buen camino.

Descubre que Abel padre compró, a un precio irrisorio, fincas que ahora tienen un gran valor.

A la mañana siguiente, Jordán se encuentra con la reserva anulada. La dirección se excusa en un error, pero así y todo debe abandonar el hotel.

Jordán busca alojamiento en el pueblo. Antonio se ofrece a ayudarlo de nuevo. Esta vez Jordán lo despacha a cajas destempladas.

Abel, al comprobar la determinación de Jordán, cree llegado el momento de forzar la situación.

Ofrece a Jordán una salida airosa que el otro no puede aceptar, no ahora que sabe que Abel tiene tanto que ocultar.

Antonio se ofrece a conseguir que Jordán acelere la decisión de volver a casa, sea como sea. Esta vez tiene carta blanca.

La mujer enlutada acoge a Jordán en su casa a pesar de las más que probables represalias. No son los únicos que quieren sacar a la luz la verdad y sus muertos.

Por ella se entera Nerea de lo ocurrido. Hasta el momento se ha mantenido casi al margen, apenas tocada por la curiosidad y la novedad de la búsqueda de Jordán. Pero que se trate así a la gente... ya no se trata de hace medio siglo, está pasando ahora. Y no le gusta.

Jordán recupera la fe en la gente y en su empresa.

Sin embargo lleva la discordia entre algunas familias. Nerea se discute con Antonio al que le recrimina que sea el perro guardián de Abel.

Antonio reacciona muy violentamente contra su hermana que acaba temiéndolo.

Ese mismo día, Jordán decide reconocer el terreno descrito por la mujer enlutada donde se rumorea que están las tumbas.

En el camino se encuentra con Antonio que le conmina a dejar correr el asunto por las buenas.

Jordán no atiende a razones. Antonio se alegra, ya le tenía ganas a aquel engreído. Le propina una paliza sin contemplaciones.

Nerea sale como tantas mañanas a recoger plantas medicinales para confeccionar sus artículos naturales.

Decide pasar por el campo donde debe rastrear Jordán para advertirle contra Antonio. Llega tarde. Lo encuentra muy mal herido.

Nerea se apresura a llevárselo de allí. Teme que cometan una barbaridad y que regresen a rematarlo.

El médico se encuentra en casa de Abel atendiendo al viejo. Nerea, aún temerosa, decide curarlo ella misma en casa de la mujer enlutada.

A las dos mujeres les da mala espina que el médico esté tan ocupado ese día y a esa hora, precisamente hoy.

Nerea va en busca de medicinas naturales a su casa. Allí se encuentra a Antonio, muy alterado, que le interroga acerca de los remedios que quiere llevarse.

Le advierte que si no se aparta de Jordán lo pasará muy mal. Nerea ya está harta del aire mafioso de su hermano. Por muy apartado que esté el pueblo no pueden vivir pendientes del capricho de un solo individuo y menos de Abel.

Esa noche, en el bar del pueblo, Abel prepara la despedida de Jordán. Cada vez son más las voces que parecen alzarse a favor de recuperar los caídos en la guerra civil y Abel no está dispuesto a consentirlo.

Para su sorpresa, Jordán se presenta con la intención de hablar con el último de la lista de supervivientes: el viejo cazador.

En presencia de casi todos los habitantes varones del pueblo, el viejo cazador se lleva a Jordán de allí. Prefiere que lo entreviste en su casa, aunque ya se lo ha dicho todo.

A todas luces parece cómplice del pacto de silencio impuesto por Abel, aún así, desconcierta a todos al llevarse de allí a Jordán.

Con un poco de suerte, mañana amanece en el autocar de vuelta.

Abel el viejo lanza a su hijo una amarga advertencia, ya que si no se muestra fuerte nadie le respetará. La clave es el miedo.

Ese miedo ya lo ha superado el viejo cazador que no soporta que la familia de Abel se salga otra vez con la suya. Él conoció al abuelo de Jordán y otros muchos que murieron en 1938. Lo vio todo aunque se negó a participar. Si él no acabó igual fue porque le tienen miedo, incluso Abel. El viejo cazador guió por la montaña a jefes de la Falange que huyeron de Barcelona en 1936 y luego regresaron a condecorarlo.

Le pide que lo deje correr. Esa gente es peligrosa, se mueven por odio. Mataron una vez impunemente y, en su fuero interno quizás crean que pueden volver a hacerlo.

Jordán deja la casa del viejo cazador. Realmente sigue con las manos vacías y no sabe qué hacer ahora.

Su paseo solitario se ve interrumpido cuando dos individuos encapuchados lo secuestran y se lo llevan a bordo de un todo terreno bosque adentro.

Allí le llevan hasta una fosa abierta en el suelo, le arrojan dentro y simulan un fusilamiento.

Le advierten que si al día siguiente no ha dejado el pueblo no encontrarán nunca su cadáver.

Jordán ya no aguanta más la presión. Acude a casa donde le esperan la mujer enlutada y Nerea. Les relata lo ocurrido y el ultimátum; se declara anti héroe y deseoso de abandonar el pueblo cuanto antes.

Nerea corre a difundir la noticia, sin embargo cambia el final, asegurando que Jordán desafía el simulacro de fusilamiento y planta cara a Abel abiertamente.

Así, cuando Jordán se dispone a marcharse, se encuentra con un grupo de gente que le muestra su apoyo y solidaridad.

El miedo se ha disipado. Quieren saber la verdad y enterrar dignamente a sus familiares.

Jordán no se atreve a contradecirles. Le parece estar escuchando a su abuela.

La mujer enlutada visita al viejo cazador; debe indicar el lugar exacto donde se hallan los enterramientos. Él es el único que puede saberlo.

Abel hijo se alarma aunque trata en vano de ocultárselo al viejo. Por suerte, las compras de las tierras fueron legales. La gente puede conocer la verdad de la historia, no volverla del revés.

La mujer enlutada confía a Jordán la información del viejo cazador. Con esos datos y el conocimiento del terreno de Nerea se ponen a buscar el lugar exacto.

Antonio amenaza de nuevo a Nerea. Le advierte que puede perder su trabajo, le pueden cerrar el negocio...y todo por una gente muerta mucho antes de que nacieran.

Pero Nerea sospecha que hay algo más que unas muertes detrás del empeño de Abel para ocultarlo todo.

Antonio se muestra incapaz de entenderlo.

Jordán lidera un grupo de hombres y mujeres en los trabajos de prospección hasta que por fin encuentran las fosas.

Se inician los trabajos de desentierro.

La ONG envía personal voluntario universitario para dirigir las excavaciones y llevar a cabo las pruebas de ADN.

Para ello se toman muestras a todos los que desean donarlas, entre ellos, Nerea.

Nerea coteja la fecha del enterramiento con la historia familiar. Descubre que hubo una venta forzada, que los terrenos que ahora ocupa el hotel fueron propiedad de su familia.

Si no fuera por Abel, ahora serían ricos, ella habría podido ir a la universidad y Antonio no hubiera tenido que ponerse al servicio de un hombre tan detestable.

A todo esto, aparecen los primeros cadáveres y se llevan a cabo los muestreos. Algunos lugareños reconocen o creen recordar algunos de los objetos que van saliendo a la luz.

Poco a poco se van cumpliendo las esperanzas de muchos de los Participantes. El tío, el abuelo, el padre, la madre o el hermano que les dijeron que huyeron, acabaron allí, a la sombra de aquellos álamos.

Entre ellos, el abuelo de Jordán que ve cumplida la misión de su viaje.

Antonio descubre por Nerea que la familia de Abel les estafó, que ha estado trabajando para un hombre que podría haber sido su empleado. Algo cambia en la mente del joven que se siente liberado, al menos moralmente, de la tiranía impuesta por Abel hijo.

Pero las excavaciones les reportan una sorpresa. Allí aparece el cadáver de un pariente de Nerea y Antonio. El abuelo materno que fue asesinado. Su único delito fue poseer unas tierras codiciadas por otros.

Abel el viejo visita a la mujer enlutada. Es el encuentro de dos caras que el odio ha ocultado a pesar de vivir el uno frente al otro. No se habla de perdón, la mujer conoce las visitas nocturnas de los asesinados y eso ya es bastante castigo. A ella no le pueden hacer más daño, sin embargo el viejo Abel debe afrontar esa carga hasta el fin de sus días. Ahora, además, la vergüenza de afrontar que todos sepan la verdad.

Nerea se enfrenta a Abel hijo. No quiere compensación alguna por la afrenta, solo que les deje vivir en paz de ahora en adelante, sin represalias.

Abel el viejo obliga a su hijo a comprometerse con Nerea. Sin embargo no puede apagar la llama de rencor que le quema por dentro. Abel necesita sacarse la espina.

Jordán se despide de Nerea, la mujer enlutada y la gente del pueblo que le han apoyado.

Se lleva el cadáver del abuelo aunque piensa regresar con su familia de vacaciones.

Jordán se dirige a la salida del pueblo sin reparar en Abel que se dispone a dispararle con un fusil de precisión de caza mayor. Esta vez tiene un testigo que no está dispuesto a permitir que se repita una historia que nunca debió ocurrir.

Cuando Abel tiene a Jordán a tiro, el viejo cazador le conmina a dejar las cosas así. Ahora ya están como debían.

Abel depone su actitud.

Al poco se lleva a cabo el entierro de la gente del pueblo asesinada. Al viejo cazador se le permite estar presente. Es el momento de la reconciliación. Nerea recupera a Antonio frente a la tumba de su abuelo.

Jordán hace lo propio en presencia de la abuela y su padre. Para ellos se ha restablecido el orden natural. Así tenía que ser y no de otra manera.